Magnifica humanitas:
permanecer profundamente humanos en la era de la inteligencia artificial

Haddy Bello

La esperada primera carta encíclica del Papa León XIV, Magnifica humanitas, se ha dejado sentir en todo el mundo. Más allá del aspecto mediático, lo que nos compete es reflexionar en torno a los puntos centrales del documento. Destacan dos ideas elementales: la magnífica humanidad del ser humano y el valor del compromiso personal y comunitario con la Doctrina Social de la Iglesia. A ellas propongo añadir las propuestas que el Papa presenta para convivir con los desafíos que surgen con las nuevas tecnologías, sin dejar de lado el cuidado y la protección de la dignidad humana.

¿Qué es lo propiamente humano?

León XIV presenta un proyecto de humanidad equilibrado, basado en la antropología teológica expuesta en el Concilio Vaticano II: "El misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado" [1]. Profundizando el camino abierto por la Rerum novarum de León XIII, quien expuso que "la vida mortal, aunque buena y deseable, no es, con todo, el fin último para el que hemos sido creados, sino tan solo el camino y el instrumento para perfeccionar la vida del alma" [2], León XIV da un paso más e integra en el mundo las distintas dimensiones del ser humano para que entren en sinfonía en el Espíritu [3].

Hace un llamado a la madurez de la razón y del corazón, y nos exhorta a estar atentos, para que, allí donde la humanidad corra el peligro de perder su rostro, nosotros, los cristianos, alcemos los ojos hacia el Dios que se hizo carne [4]. He ahí la magnífica humanidad: creada a imagen y semejanza de Dios, y encarnada en Cristo. En Él se "encuentra el camino, la verdad y la vida, abriendo a cada uno de nosotros la vía para crecer hacia la plenitud" [5].

Por lo tanto, una primera clave de lectura se encuentra en el énfasis por la imagen y semejanza [6] como fundamento de nuestra naturaleza relacional. Eso es relevante porque nos recuerda que la dignidad ontológica del ser humano, si bien es inquebrantable e indeleble, debe ser doblemente cuidada, al estar unida a nuestra condición de imagen y semejanza. En cuanto imagen —ser racional, libre y capaz de relación con Dios—, es un don comunicado en nuestra creación, constitutivo de la humanidad, que no se pierde con el pecado. En cuanto semejanza, es un don que puede perderse o dañarse con el pecado, pero que ha sido restaurado por Cristo [7]. Él, imagen de Dios invisible (Col 1,15), nos ha devuelto la semejanza divina, deformada por el primer pecado.

¿Babel o Jerusalén?

A partir de la inquietud antropológica expuesta en la encíclica, se comprende bien que la preocupación de fondo del Papa sea advertir contra la deshumanización o, más precisamente, contra las nuevas formas de deshumanización que puedan aparecer en esta era de la inteligencia artificial [8].

Para ello, el primer paso que propone es trazar la ruta: "¿Hacia dónde vamos? ¿Hacia qué meta deseamos orientarnos? ¿Qué dirección elegir como comunidad humana y como pueblos?" [9]. Para responder, recurre a dos imágenes veterotestamentarias que, más que figuras literarias, simbolizan dos realidades antropológicas que conviven con nosotros diariamente: Babel y Jerusalén.

Lejos de ser un relato más dentro del testimonio bíblico, la construcción de la torre de Babel (cf. Gn 11,1-9) y la reconstrucción de los muros de Jerusalén (cf. Ne 2-6) se erigen con nuestras

decisiones cotidianas. Aquí se introduce una segunda clave de lectura, muy sutil: los verbos construir y reconstruir. Mientras el primero remite a edificar o hacer algo nuevo, el segundo alude a volver a construir algo que ya existió. Babel es la construcción de un proyecto individual que prescinde de Dios —la vuelta al pecado original— "sustentada por una uniformidad que elimina la diversidad y que, en lugar de la comunión, elige la homogeneización" [10]. En cambio, las murallas de Jerusalén —destruidas por los babilonios— habían sido levantadas por la monarquía davídico-salomónica y reforzadas por reyes posteriores, como Ezequías. Nehemías no propone al rey Artajerjes fundar ni levantar una ciudad, o su propia ciudad, sino recomponer el lugar donde están las tumbas de sus padres. Los muros de Jerusalén representan a una ciudad con historia propia, fruto de un camino recorrido de la mano del Señor: una ciudad "donde Dios y la humanidad habiten juntos" [11].

El verbo "construir" deja de ocuparse de lo arquitectónico y pasa a representar una realidad salvífica. No será David quien fabrique una casa para Yahvé, sino Yahvé quien le construya una casa a David. Por eso, es posible que también hoy Dios nos pregunte: "¿Me vas a edificar tú una casa para que yo habite?" (2 Sam 7,5). Así, la obra humana de David, Salomón y Nehemías, entre muchos otros, debe entenderse como respuesta y servicio a una iniciativa que es —en última instancia— siempre divina, y a la cual estamos invitados a participar.

La reconstrucción de los vínculos

Una tercera clave de lectura es la imagen de la edificación y del arquitecto que el Papa utiliza. Magnifica humanitas es una encíclica cargada de propuestas metodológicas. León XIV no solo aborda la preocupación en torno a un riesgo —en este caso, el peligro de la deshumanización en la era de la revolución de la inteligencia artificial—, sino que ofrece caminos y estrategias para cimentar la fraternidad en lo cotidiano y construir así una sociedad más plena, donde la verdadera realización no nazca "de la eliminación de las fragilidades, sino de un crecimiento armonioso: allí donde la libertad y la responsabilidad se entrelazan con el cuidado recíproco y la verdadera solidaridad, y donde el progreso se mide por la dignidad de cada uno y por el bien de los pueblos" [12].

En una primera instancia, y a partir de la experiencia de Nehemías [13], nos entrega un bosquejo para la reconstrucción, que estructura en dos etapas: la primera es ad intra: un momento de preparación personal antes de actuar, en el cual se debe ayunar, rezar e interceder por el pueblo. La segunda es ad extra: el tiempo de la acción, que se desarrolla en cuatro pasos. 1) Observar: Nehemías examina en silencio los lugares destruidos, sin imponer soluciones desde lo alto. 2) Armar comunidad: convoca a las familias y confía a cada una un tramo de muralla para reconstruir. 3) Escuchar: atiende los temores de la comunidad. 4) Ejecutar: coordina los esfuerzos de las personas y hace frente a las oposiciones; no rehúye los problemas, sino que se hace cargo de ellos.

Así la reconstrucción se pone en marcha y "la ciudad renace no gracias a la iniciativa de una sola persona, sino a través de la responsabilidad compartida de todo el pueblo" [14]. El modelo que recupera León XIV tiene a Dios en el centro; por eso su invitación es que primero nos ocupemos de reconstruir nuestros vínculos antes que las piedras. Ningún proyecto puede levantarse pretendiendo tener a Dios en medio si no cuida, sana o repara la convivencia fraterna. Si edificar es, antes que una obra arquitectónica, una realidad relacional y salvífica, el método de Nehemías no hace más que confirmarlo: reconstruir los muros es inseparable de reconstruir las relaciones.

Continuando con los aportes metodológicos, en un segundo momento el Pontífice nos invita a edificar en el bien: deberíamos ser arquitectos sabios y obrar conforme a esa espiritualidad que él se ha propuesto transmitir mediante su carta encíclica [15]. Edificar en el bien es construir el bien

común sobre la roca de la relación con Dios, asumiendo con realismo los límites y la fragilidad humana, mediante la corresponsabilidad de todos y con un lenguaje evangélico que se haga obra y vida [16].

En concreto, lo que ha hecho León XIV es dejarnos una guía práctica para cotejar al momento de planificar nuestros proyectos personales y comunitarios, y, especialmente, cuando queramos examinar nuestros deseos y perfilar nuestras acciones: ¿sobre qué fundamento voy a construir?, ¿cómo se integran los límites y la fragilidad humana en lo que quiero construir?, ¿cuál es la finalidad de lo que quiero edificar? y ¿qué lenguaje voy a utilizar para ello?

Conclusión

A lo largo de la reflexión, las tres claves de lectura propuestas han ido convergiendo en una misma dirección. La primera nos devolvió a la pregunta por lo propiamente humano: esa magnífica humanidad creada a imagen y semejanza de Dios, cuya dignidad exige ser custodiada. La segunda, en el contraste entre Babel y Jerusalén, nos enseñó a discernir entre el proyecto que prescinde de Dios y la ciudad que se reconstruye de su mano. La tercera, en la imagen de la construcción y del arquitecto, nos ofreció un método para reedificar los vínculos.

No son tres reflexiones yuxtapuestas, sino un único movimiento: de la pregunta antropológica a la corresponsabilidad concreta. De ahí que Magnifica humanitas no se agote en un diagnóstico ni en un recorrido histórico por la Doctrina Social. La encíclica nos entrega una guía para examinar nuestros propios proyectos en la era de la inteligencia artificial. Las preguntas que León XIV deja planteadas no esperan una respuesta teórica, sino una vida que las encarne.

El desafío, entonces, se traslada del texto al lector: ser nosotros los arquitectos sabios que el Papa convoca, capaces de poner a Dios en el centro y de hacer del cuidado fraterno la primera de nuestras obras. Porque, en última instancia, el gran llamado de la encíclica es a "permanecer profundamente humanos, custodiando con amor esa magnífica humanidad que se nos ha dado y revelado en plenitud en Cristo, y que ninguna máquina podrá jamás sustituir en su esplendor" [17].

Notas:

Pablo VI; Constitución pastoral Gaudium et spes sobre la Iglesia en el mundo actual. Roma, 7 de diciembre 1965, n. 22.

León XIII; Carta encíclica Rerum novarum sobre la situación de los obreros. Roma, 15 de mayo 1891, n. 30.

La imagen de la sinfonía la utilizó en su carta apostólica Diseñar nuevos mapas de esperanza: "sean servidores del mundo educativo, coreógrafos de la esperanza, investigadores incansables de la sabiduría, artífices creíbles de expresiones de belleza. Menos etiquetas, más historias; menos contraposiciones estériles, más sinfonía en el Espíritu" (cf. 3.1.)

Cf. León XIV; Carta encíclica Magnifica humanitas, sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial. Roma, 15 de mayo de 2026, n. 1.

Idem.

Cf. Gn 1,26-27 y Magnifica humanitas, n. 50.

Cf. Gaudium et spes, n. 22.

Magnifica humanitas, n. 15.

Magnifica humanitas, n. 6.

Magnifica humanitas, n. 7.

Magnifica humanitas, n. 1.

Magnifica humanitas, n. 12.

Cf. Magnifica humanitas, n. 8.

Magnifica humanitas, n. 8.

Cf. Magnifica humanitas, n. 236.

Cf. Magnifica humanitas, nn. 11-14.

Magnifica humanitas, n. 15.